

Mi otra Navidad

Aún recuerdo cómo allá por los 60 discurría aquellas humildes pero a su vez intensas navidades. Humildes en tanto que lejos quedaban la explosividad de exornos lumínicos y musicales que lucen hoy nuestras calles, comercios y qué decir de los centros comerciales, inauditos por entonces. Pero a su vez intensas por el dinamismo frenético que se percibía los días previos en los hogares.

Así puedo recordar la fantasmagórica búsqueda del carbón en la carbonería de Juanito. Este era un entrañable carbonero que abastecía al barrio, y que nos hacía disfrutar a esas edades de su fantasmal aspecto, pues embutido en su mono azul de trabajo y tizado hasta los tuétanos, solo se le percibía por el intenso blanco de sus ojos que parecían deambular flotando por la negrura de aquel lúgubre espacio y por su frágil voz: ¿qué quieres chiquillo?. Hasta hacía muy poco tiempo nos generaba verdadero pánico.

Igualmente apasionante era desenvolverse en la espesa nebulosa de aquella cocina, entre el humo generado por la combustión del carbón al avivar el fuego, a la voz de la abuela Ana, ¡sopla chiquillo, sopla!.. Con agilidad alternaba las manos para descansar del fatigoso manejo del soplador -bellamente tejido con hojas de palma- para que no decayese el fuego. O el envolvente vapor de las ollas que preparaban el cocido, o del humo de las sartenes friendo las tortas. Todo ello envuelto en una ecléctica nube de cálidos olores entremezclados. Allí fluían aromas de anís, naranja, matalauva, vino, canela,...

Que decir del bosque de manos entrecruzadas que trabajaban sobre aquella mesa de rubia madera, que previamente había sido escamondada con jabón verde y estropajo. Unas amasaban para obtener las tortas, otras la estiraban con ayuda de una botella, (los rodillos de madera quedaban para los pequeños que jugueteaban con trozo de masa a imitar a los adultos) otras cortaban en irregulares figuras,... Todas ellas en caótica armonía dirigida por la frágil y a la vez firme voz de la abuela. Así podíamos oír, ¡niña esas están muy gruesas! o también ¡liga más esa masa! o ¡pon un poco de harina para que estiren bien!,... en tanto ella las iba friendo y sumergiendo en almíbar.

Todos como fieles peones atendíamos al aluvión de sugerencias que manaban de su boca, así en aparente caos nos movíamos al compás de sus instrucciones en aquella recogida y concurrida cocina, para que todo fluyera en grata y rica armonía.

A medida que avanzaba la tarde y se iban apreciando los frutos de las elaboraciones, se cantaban villancicos acompañados de istrionicos compases musicales del almirez, tapas de olas, y otros instrumentos propios de la época como pandereta, la estridente matraca, la opaca zambomba,... A tal guirigay se sumaban mi vecina con sus hijos celebrando una animada merienda sin haber dejado reposar aquellas deliciosas tortas, con ella dábamos por iniciada las fiestas.

Aún recuerdo aquellas navidades, su vitalidad aunque más austera que las de hoy, pero infinitamente mucho más participada, hermanada y sentida, tal vez por ello sea mi otra Navidad.

Ignacio Santos Carrasco